

Discurso Generación 1993-1998

Ser arquitecto

Benjamín Domínguez Barrón*



Benjamín Domínguez durante la entrega de diplomas de la generación.

Expresar lo hecho durante cinco años de estudio no es fácil. De la entrega de reconocimientos para la generación de ingenieros arquitectos de la ESIA Tecamachalco 1993-1998, damos a conocer el discurso de agradecimiento elaborado por un alumno en nombre de todos los egresados:

Inmersos en constantes cambios y revoluciones, esta generación vivió momentos importantes dentro del ambiente nacional y mundial. Fuimos parte de esos movimientos que, sin lugar a dudas, dejaron huella en nosotros, así como en el entorno que nos permitió o nos obligó a permanecer en ellos.

Esto nos lleva a reflexionar en lo que pensábamos hace unos días, cuando la entrega final se acercaba y nos dábamos cuenta de que después de todo, sirvió de algo el tiempo invertido; los desvelos, enojos y regaños, bien valieron al sabernos capaces de enfrentar un nuevo destino forjado a lo largo de años de esfuerzos.

Es difícil enfrentarse los primeros años de vida a un sistema de comunicación, que aunque conocido, no era dominado por nosotros. Después de llantos, finalmente aprendimos a leer y a escribir. Aún era necesario que lo hiciéramos como el mejor para que pudiéramos conocer lo que la historia nos tenía que mostrar; dominar el lenguaje de las matemáticas, adentrarnos en los secretos de la física, jugar con la química, moldear la moral y hasta filosofar; y todo con el fin de que aprendiéramos a pensar.

Pensar, qué difícil es hacerlo. Algunos no teníamos ni idea de lo que queríamos hacer con nuestras vidas, cuando llegó el momento, descubrimos que contábamos con el conocimiento necesario para hacerlo; seguimos el camino de la

*Egresado de la ESIA Tecamachalco.

técnica, la ciencia y el arte, todo de una vez; decidimos ser arquitectos.

Un día nos enfrentamos al hecho de que pensar era el verbo que más emplearíamos el resto de nuestras vidas, irrumpimos poco a poco en otra área que conocíamos, pero que definitivamente teníamos que dominar: la creatividad. Ser creativo, ser arquitecto.

Esta etapa significó más que ir a clases y hacer tareas. El trabajo, el matrimonio, incluso los hijos eran ya parte de nuestras vidas. Los problemas económicos del país y del mundo entero, la constante transición hacia la tecnología y la oscilante globalización nos alcanzaron. Fue necesario tomar cursos, leer más y hasta invertir en un equipo de cómputo para estar a la vanguardia; pero aún quedaba algo que no se podía aprender en ningún lado: ser arquitecto.

Ahora comprendemos a los que se quedaron sin palabras ante nuestros primeros proyectos, a esos que por más que hablaban, escribían y gritaban, no nos metían en la cabeza el método elástico y plástico, aquellos que recitaban sobre Vitruvio y Le Corbusier, los que nos obligaron a memorizar calibres, diámetros, pesos, medidas y especificaciones de cuanto cosa existe para hacer arquitectura; para ellos, un tributo de respeto y reconocimiento a su paciencia y constancia, pues sin su ayuda, ninguno de nosotros tendría la felicidad de haber concluido una carrera.

Aún falta recordar eventos importantes, personajes que existen desde que tenemos memoria. Gripe dos días antes de la entrega, 12 de la noche sin haber desayunado y ya no tengo para comprar albanene. Un té caliente, un

“no te preocupes” acompañado de la mejor cena de tu vida y los pesos que faltaban para comprar el material; esto y más, mucho más, son nuestros padres. Hay que decirlo, sin ellos ninguno de nosotros existiría, sin su amor no seríamos lo que somos, sin su apoyo no estaríamos donde estamos. Mamá, papá, gracias; gracias por su amor, por creer en mí, por ser mis padres, gracias por permitirme vivir la aventura más hermosa y bella que existe en el universo, gracias por permitirme vivir.

Amigos, sólo me restan dos cosas, invitarlos a recordar su infancia, en la que recién aprendieron a leer y a escribir, aquella en la que trazaban su nombre en cuanto cosa se les ponía enfrente, en la que necesitaban ser los mejores leyendo y escribiendo para continuar con ese espíritu natural del ser humano, la autosuperación, la excelencia, las ganas de triunfar, las ganas de ser mejor cada día. Todos tenemos la meta de trascender, tanto en lo personal como en lo profesional, dejar huella de nuestro paso por esta tierra; y esto sólo se logra siendo los mejores arquitectos, los mejores hijos, los mejores en la pareja y los mejores padres, para que de esta forma, se deje testimonio de una vida plena.

Me quiero despedir con el exhorto que hizo Vitruvio a nuestro gremio: “El arquitecto debe ser culto, hábil con el lápiz, instruido en geometría, debe saber mucho de historia, haber seguido a los filósofos con atención, comprender la música, tener conocimiento de medicina, conocer las opiniones de los juristas y estar al tanto de la astronomía y la teoría de los cielos”^e

Seguimos el camino de la técnica, la ciencia y el arte, todo de una vez; decidimos ser arquitectos.



Generación 1993-1998 de la ESIA Tecamachalco.